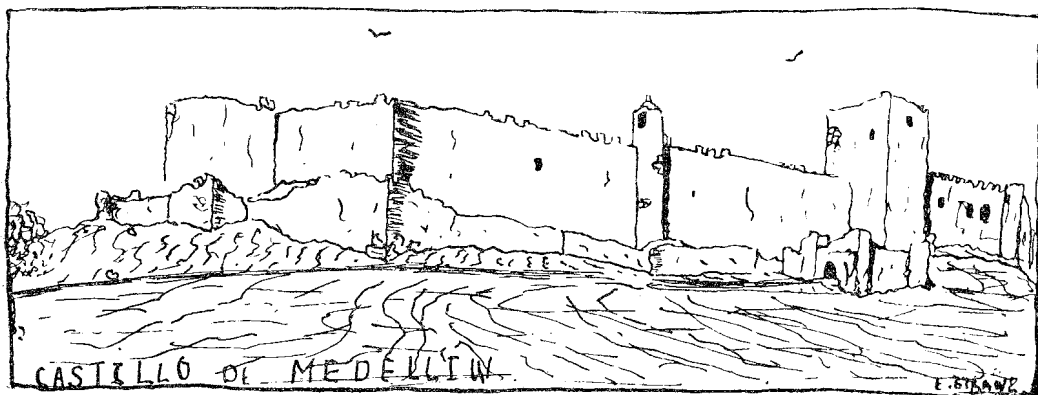


EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

Madrid, 6 de mayo de

Número 18



M E D E L L I N

En la confluencia del Hortigas con el Guadiana se levanta una montaña de faldas escarpadas; en su cumbre, majestuosos, se yerguen los vetustos paredones de un castillo roído por el tiempo; mil alimañas pueblan sus grietas. Desafiando los tiempos, unos torreones elevan sus cúpulas a los cielos, iluminadas tan sólo en su interior por unas ventanucas. Sobre sus cúpulas anidan las cigüeñas.

Llenas de grietas, existen aún algunas galerías y estancias que fueron moradas de grandes señores. El castillo queda dividido en dos secciones por un enorme paredón, las cuales se comunican por medio de una carcomida y chirriante puerta; la de la derecha hoy es morada de los muertos, mien-

tras en la de la izquierda aún se ven los restos de una antigua capilla y de un gran estanque, donde dicen que se bañaban los moros; lindando con éste y adosado al paredón que divide el castillo aún existe un aposento de rojas paredes; un enorme boquete practicado en una de ellas da acceso a esta lúgubre vivienda.

Cuentan que en este lóbrego recinto estuvo encerrado un príncipe cristiano, prisionero de los moros, durante muchos años. Le daban la comida desde arriba, por una especie de portezuela practicada en el techo, por donde le habían introducido.

Muchos años permaneció el desdichado príncipe encerrado en este oscuro calabozo sin exhalar una queja. Compadecidos los

moros, quisieron sacarlo para ponerlo en libertad, y bajando unas cuerdas por la ventana del techo, le invitaron a subir. El príncipe contestó: "No quiero soportar tanta humillación; por ahí salen los malhechores; de salir, saldré por mis propios pies."

Admirado el dueño de la fortaleza por este rasgo del valeroso príncipe, ordenó practicar una abertura en el grueso muro; hecho esto, el príncipe fué puesto en libertad. Pero sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, al salir a la luz del día no pudieron sufrir la impresión; se le nublaron y quedó ciego.

No acabaron aquí los males del príncipe; poco tiempo después murió, desesperado. Los moros cogieron su cadáver y lo enterraron, después de extraerle la sangre, con la cual pintaron las paredes de su aposento.

En el invierno crudo, cuando gruñe el Guadiana y chilla el aire entre las corroídas murallas del castillo, dicen los viejos que el alma del príncipe llora su infortunio paseándose por las almenas del castillo.

En una de las laderas de la montaña dormita Medellín; dos antiguas iglesias dominan desde lo alto al pueblito de calles tortuosas y abruptas, viejas casas, costumbres antiguas. Sus moradores conservan aún el aire noble de sus antepasados. Una gran plaza (la plaza de Hernán-Cortés) se encuentra enclavada en el centro del pueblo en honor de aquel gran conquistador de Méjico.

Medellín es un pueblo viejo, pueblo de tradiciones y leyendas; Medellín vive del recuerdo; Medellín no crece, se encuentra

dormido en un letargo mortal. Este es Medellín: un pueblo que muere.

Cantad, españoles, cantad
las glorias de aquel pueblo fuerte,
cuyos hijos supieron luchar
con el hambre, la ruina y la muerte.

Medellín, pueblo viejo,
dormido
en las faldas de un monte,
empinadas,
marcha presto a la muerte,
sumido
en un sueño tenaz que le embriaga.

Tus hijos, siempre fuertes,
lucharon con vehemencia,
ganaron para España
terrenos sin igual
y murieron gloriosos,
lentos de omnipotencia,
después de larga vida
de lucha hasta el final.

Pasaron ya los años
de gloria y alegría,
huyeron las edades
que te vieron nacer;
tus casas, ya grisáceas,
perdieron lozanía;
tus escudos famosos
se empiezan a caer.

Un castillo ruinoso
semeja protegerte;
pero sus paredones
destrozados están,
y para dar más pena,
más noción de la muerte,
encierra en sus entrañas
las tumbas de los hombres
que ya no vivirán.

SAMUEL POOL

EL PAJARO DE CRISTINA

(Un cuento de Pascuas de Resurrección)

(Conclusión)

Cristina puso su última esperanza en el Jueves Santo. Hacía un año que un vecino suyo la había regalado dos reales en Jueves Santo. ¡Si volviera a hacerlo! Pero, no; nadie se acordaba de la cojita. Otra vez veía ella volar toda una banda de pájaros en honor de Jesús. ¡Solamente Cristina, que tanto le amaba, no le podía mandar ninguno! El Viernes Santo se despertó muy triste. “Tú, que has sufrido por mí tantos dolores—dijo ella en voz baja—, y yo ni siquiera te puedo mandar un pajarito en señal de gratitud.”

Píu píu, dijo el pájaro, como si quisiera

decir: ¡aquí estoy! Cristina se puso muy pálida. ¡Su verderón, su tesoro, su gran felicidad! No, a El no le podía dejar volar. Nadie sabía cómo la niña abandonada le quería. ¡Pero si... Jesús se alegraba tanto! La cojita luchaba interiormente. De pronto abrió la portezuela, cogió al pájaro y le besó con ternura. “Sube, vuela—dijo con voz baja—. Canta tu canción más hermosa para Jesús. Dile que la Cristina, que es de El, le ama y le da las gracias.”

Abrió sus manecitas. El verderón extendió las alas. Con júbilo voló hacia el cielo azul...

La vida de los grandes hombres

BENJAMIN FRANKLIN

No olvidéis nunca el nombre glorioso del hombre sabio, bueno, desinteresado y altruísta, cuya idea fija fué siempre el bien de los demás.

Nació en Bostón, en 1706. Su padre no podía ni se sentía, además, propicio a costear los gastos de educación que el pequeño Benjamín ansiaba.

Un afán de aprender intenso y decidido le resolvió a aprenderlo todo por sí solo, mediante un gran esfuerzo de voluntad e ingenio. Tenía seis años cuando aprendió a leer, sin maestro, solo, a fuerza de trabajos y de preguntas a cuantos le rodeaban.

Fué cajista en la pequeña imprenta de su hermano y alternó su trabajo con la lectura y estudio de cuantos libros podía en-

contrar, para lo que su oficio le daba algunas facilidades.

Empezó a escribir artículos que enviaba a un periódico, firmados con seudónimo, y estos artículos fueron todos publicados y admirados como obra de un sabio incógnito a quien nadie conocía, formando un estado de opinión en su patria, que era entonces una colonia inglesa.

Emancipado de su familia, a los diez y siete años embarcó para Nueva York, sin ningún bagaje, pasando luego a Filadelfia, tras grandes penalidades, en una barquilla, sin víveres y solo.

A los veintidós años poseía la mejor imprenta de Filadelfia, donde se imprimían el

papel moneda de Pensylvania y los documentos oficiales de Newcastle.

Fundó salones de lectura, que poco a poco, fué convirtiendo en bibliotecas públicas. Editó el almanaque del buen Ricardo, cuyos proverbios y aforismos, traducidos a todos los idiomas, figuran hoy en los colegios de todo el mundo.

En menos de un año aprendió, sin maes-

tros, francés, italiano, español y latino, escribiéndolos con rara perfección.

Inventó el pararrayos, y por último, tras numerosas fundaciones de escuelas, hospitales, hospicios, etc., consiguió con su tacto, su constancia y su talento, después de varios viajes a Inglaterra y Francia, la independencia de los Estados Unidos de América.

ESE

EL RICO POBRE

Había un hombre que, al acostarse, no pudo dormir en toda la noche pensando: ¿Por qué la vida es tan penosa para los pobres? ¿Y por qué los ricos acumulan tanto dinero?

Tienen cajas repletas de oro y, sin embargo, algunos hay que se privan de todo para seguir amontonando. Si yo fuera rico no viviría de igual modo; daríame buena vida y procuraría que no fuera peor la de los demás.

De pronto sonó una voz que le dijo:

—¿Quieres ser rico? Aquí tienes una bolsa; no hay en ella más que un escudo, pero en cuanto la saques, otro lo reemplazará. Puedes sacar cuantos escudos quieras y en seguida arroja la bolsa al río. Mas antes de echar al río la bolsa no gastes ni uno solo de los escudos, porque el resto se convertirá en piedras.

El pobre hombre creyó volverse loco de alegría.

Y apenas sacó el escudo, vió que del fondo de la bolsa surgía otro.

—¡Soy feliz!—pensó—. Pasaré toda la noche sacando escudos y mañana amaneceré opulento. ¡Manos a la obra! A primera hora arrojare la bolsa al agua y desde entonces viviré cómodamente.

Pero llegó la aurora y cambió de parecer.

—Si quiero tener el doble de esta cantidad—se dijo—es preciso pasarme el día extrayendo dinero.

Y así lo hizo, empleando el día entero en sacar escudos.

Al día siguiente quería más, y al otro, más. No podía decidirse a abandonar la bolsa. Comenzó a sentir hambre, y entonces recordó que no tenía más que algunos pedazos de pan negro y duro.

Ir a comprar otras viandas era imposible, porque al instante se volverían piedras sus hermosos escudos.

Habría querido comer, pero de ningún modo separarse de su bolsa milagrosa.

Comió su pan duro y negro y continuó en su tarea de sacar oro.

Ni aun de noche descansaba. Así transcurrió una semana, un mes..., mucho tiempo, viviendo de la caridad de los vecinos.

De vez en cuando tomaba una gran resolución: se aproximaba al río para arrojar la bolsa al agua, pero se arrepentía y volvía a su mísera morada para seguir sacando oro.

Hoy está viejo, amarillento, como sus montones de oro, pero no cesa en su ímprobo trabajo.

Y así muere, pobre, sentado sobre un banco, oprimiendo entre sus dedos la bolsa.

LEÓN TOLSTOI

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3.00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.

Imp. Castilla-Marcos de Urquijo, 10

M O R I T O

Muchas son las historias y cuentos escritos acerca de la fidelidad de algunos animales domésticos; todos ellos encierran enseñanzas muy útiles para los niños y mayores; por esta razón yo voy a contaros, queridos amiguitos, una historia que tuvo lugar en un pueblito extremeño.

Villa del Campo es un pueblo situado en el Norte de Extremadura, en las derivaciones de la Sierra de Gata; sus casitas blancas, edificadas en las laderas de las montañas, semejan a lo lejos una bandada de palomas posadas sobre sus faldas.

Un pequeño arroyuelo, dando saltos de roca en roca, como un chiquillo travieso, desciende de la montaña a la llanura, donde sus aguas se deslizan tranquilas, fertilizando las huertas cercanas.

Un viejo molino, carcomido por el tiempo, gira sus pesadas piedras movidas por las aguas.

Cuentan que un día llegaron al pueblito unos arrieros y dejaron abandonado allí a un hermoso galgo; el pobre animal, al verse solo, vagaba por el pueblo buscando donde refugiarse y comer algo; todos los perros le salían al encuentro ladrándole; el perro huía solo y triste. Al pasar por una de las calles, un grupo de chiquillos que salían de la escuela encontró al pobre galgo marchando sin rumbo fijo; los muchachos, al verle, saltaron de alegría; uno de ellos, el más decidido, comenzó a llamarle mostrándole un pedazo de pan. Impulsado por el hambre el galgo se acercó, aunque un poco temeroso a los revoltosos; éstos, fingiéndole cariño, lo acariciaban, mientras uno de ellos le ataba fuertemente unas latas a la cola; todos prorrumpieron entonces en una tremenda algarabía; el pobre animal, al oír el ruido que produjeron, salió corriendo, preso de un terrible espanto, entre las risotadas de los muchachos. Por todas partes que

iba lo recibían a pedradas; mucho corrió el pobre animal; por fin, cansado, jadeante, se paró no muy lejos del molino, dando lastimeros ladridos. Al oírlo, el molinero, que era un hombre muy cariñoso con los animales, se acercó al perro con gran cuidado, le desató las latas y, dándole cariñosas palmaditas en el lomo, lo llevó al molino. Allí le curó sus heridas y le dió de comer abundantemente; hecho esto lo llevó a un rincón, donde tenía mucha paja y, ahuecándola, lo mandó acostarse allí. Agradecido el perro, lamía las manos de su bienhechor.

Alegre pasó algunos años con su nuevo dueño, acompañándole a todas partes. También los hijos del molinero encontraron un nuevo y fiel amigo, a quien llamaron "Morito" por el color negro intenso de su pelo.

Su felicidad no duró mucho; un día el molinero murió, dejando en la miseria a tres niños y a una mujer; todos lloraron la irreparable pérdida; el perro también quedó muy triste. Unos hombres enlutados colocaron al noble molinero en una negra caja y, cargándola sobre sus hombros, se encaminaron al cementerio. "Morito" seguía el triste cortejo; cuando hubieron enterrado al molinero, todos salieron cabizbajos, abatidos, cerando tras sí la puerta del Campo Santo.

No pudiendo entrar de otro modo, el triste perro saltó la tapia y, con paso lento, se acercó a la fosa, sobre la cual se acostó.

Llegada la noche el perro comenzó a aullar, dando una lúgubre nota con sus quejidos al "Campo Santo". Al oírlo, los vecinos del pueblo se alarmaron; muchos creían que eran quejas del alma del difunto estos gritos. Al siguiente día algunos mozos del pueblo marcharon al cementerio para cerciorarse de dónde provenían estos aullidos, y encontraron, con sorpresa, al perro tumbado sobre la fosa de su dueño. Com-

pádecidos los mozos cogieron al perro y, haciéndole caricias, lo llevaron a casa de sus dueños.

Pocos días después la mujer del molino se vió obligada a servir, para ganar el sustento a sus pequeñuelos. En una ocasión el perro, saliendo de su casa muy temprano, desapareció en el monte. Los niños lloraron desconsolados la pérdida de su buen amigo, su compañero de juegos los abandonaba; pero cuán grande no sería la sorpresa de los niños al ver aparecer al mediodía al perro con una liebre colando de la boca; ellos la recogieron, mientras el perro saltaba gozoso; "aquel día ya podían comer bien". No tardaron en contar a la madre la sorpresa que el perro les había dado; ella elevando los ojos al cielo dió las gracias a Dios por la ayuda que le había concedido por medio de aquel fiel animal.

Desde entonces el perro salía todas las mañanas y regresaba a casa con algún conejo, liebre, o perdices.

Mientras tanto el molino, abandonado, se encontraba lleno de ratas, telarañas y polvo; sus piedras yacían aletargadas. Así pasaron los años; el perro se hacía viejo, pero los niños mozalbetes.

Un día unos albañiles entraron en el molino y comenzaron a tapar sus grietas, blanquear sus paredes y limpiar de toda suciedad sus suelos; por fin, las aguas comenzaron a mover sus muelas bajo la dirección de los tres hermanos; ya el molino renacía de su letargo. Se acabó la miseria; la madre, viejecita, podía descansar de sus rudas labores; el perro también dormitaba acurrucado en el mismo rincón que años atrás había sido su muelle cama, mientras cantaban alegres los mozuelos al son de las piedras incansables.

Un día llegó un arriero al molino; el perro comenzó a ladrarle; molesto aquél, la emprendió a palos con el "Morito", y no contento con esto, dándole un empujón lo tiró al agua; el pobre animal, sin fuerzas

ya, pereció ahogado. Al enterarse de esto los dueños del molino corrieron a salvar a su buen perro, pero llegaron tarde: el perro había muerto. Lo cogieron llorosos y lo depositaron en un hoyo oculto en un bosquecillo, lleno de flores, no muy lejos del molino.

Aún existen unas piedras labradas, carcomidas por el tiempo, indicando el lugar donde yace un fiel amigo del hombre que sacrificó gran parte de su vida haciendo bien a aquellos que tanto le querían.

SAMUEL POOL

El pájaro de Cristina

(Un cuento de Pascuas de Resurrección)

(Continuación)

Primeramente venían muchos nombres. Allí Cristina no podía seguir muy bien; pero después venía una historia maravillosa de tres hombres en un país lejano, que habían seguido a una estrella hasta llegar al Niño Jesús.

Cuando ésta se terminó y el aldeano se paró un momento, encendiéndose su pipa, el viejo cartero dijo: "Sí, ellos iban detrás de la estrella, y se dejaron llevar hasta Jesús, y nosotros nos hemos dejado llevar a Jesús por la luz boreal."

Cada noche se reunieron en la habitación más grande del cortijo, y todas las noches vino el fiel Ranz por la coja. No siempre le permitían enganchar el trineo grande con los caballos; pero entonces él la traía en el trineo de manos, y éste servía también. Un día había un terrible remolino de nieve y él no quiso llevarla; pero ella no tenía miedo. El libro era cada vez más bonito. Cuando leían cómo Jesús había sanado a los enfermos, se oía una voz llena de júbilo en la habitación.

Cristina cogió un gran cariño al Salvador. Se le abrieron horizontes completa-